

CAPITULO LXIX.

Marcha el Emperador á Flandes.—Envía á buscar á su hijo el príncipe D. Felipe.—Cuestion de Parma y Plasencia.—Muerte de Paulo III.—Julio III.—Nueva convocacion del concilio de Trento.—Mauricio de Sajonia.

SUBYUGADAS quedaron las ciudades alemanas, merced á la fuerza de que el Emperador podia disponer, pero el resentimiento y la indignacion quedaron escondidos en ellas, amenazando brotar mas tarde de una manera mas formidable y por la iniciativa precisamente, de uno de los mejores y mas leales amigos que creyera tener Carlos.

Resuelto este á que el *Interim* fuese aceptado en sus estados, marchó á los Países Bajos en setiembre de 1548, llevando consigo en calidad de prisioneros al príncipe de Sajonia y al de Hesse, quedando este último custodiado en la fortaleza de Malinas por una guardia española.

Además de la razon indicada ya, otra causa motivó tambien el viaje del Emperador á Flandes.

La gota, sus excesivos trabajos y sus padecimientos, hicieronle pensar en renunciar la corona en su hijo el príncipe D. Felipe, y como preliminar de esto, quiso, sin duda, hacerle reconocer como su sucesor en sus estados de Flandes.

Envió en su busca al duque de Alba, escribiendo al mismo tiempo á los nobles y ciudades de Aragon y Castilla, y en 1.º de octubre de 1548 salió el Príncipe de Valladolid, quedando por gobernadores del reino, durante su ausencia, su hermana D.ª Maria y su primo y esposo el archiduque Maximiliano de Austria recién llegado á España para verificar su matrimonio.

Estando ya en Flandes el Emperador, tuvo noticia de la suspension del Concilio de Bolonia, suspension que se prorogaba de una manera indefinida, retirándose los prelados á sus respectivas diócesis.

El Pontífice, irritado sin duda, por el proceder del Emperador, y teniendo en cuenta «lo crítico de las circunstancias,» como dice un historiador, ordenó aquella suspension, tal vez sin tener en cuenta que semejante medida habia de provocar nuevos destemplados tratamientos por parte de Carlos.

Así sucedió en efecto. Ya hemos citado algunos hechos respecto al modo de tratar á los pontífices que solian tener los soberanos que de mas católicos se preciaban, y en estas circunstancias no se quedó corto el Emperador para manifestar su disgusto.

En primer lugar, ordenó á los obispos que seguan su partido ó que obraban segun sus instrucciones, que permanecieran en Trento, pues confiaba en que algun dia habia de reunirse allí el Concilio, prosiguiendo sus sesiones en aquel punto; y en segundo, tomó pié de aquella disposicion del Papa para continuar tratándole con mayor dureza que hasta entonces, diciendo de él que no queria «cumplir con los deberes de su alta dignidad y oficio (1).»

A mediados de octubre, embarcóse el príncipe D. Felipe en Barcelona en las galeras de Andrés Doria, desembarcando en Génova, donde fue recibido con grandes festejos.

Diariamente, en el tiempo que permaneció el Príncipe en esta ciudad, estuvo recibiendo embajadas de todos los estados italianos, debiendo mencionar entre ellas, la que le envió el Pontífice por medio de Octavio Farnesio reclamando la devolucion de Plasencia, á cuya reclamacion contestó Felipe con frases tan corteses como ambiguas.

Quince dias despues, emprendia de nuevo el Príncipe la marcha para Flandes, siendo recibido por doquiera con extraordinaria pompa.

Una vez reunido con su padre, procedióse al reconocimiento y juramento del Príncipe como heredero de aquellos estados, teniendo lugar, mientras esto sucedia, acontecimientos importantísimos, tanto en Italia como en Alemania.

El primero, se referia á la restitucion de los estados de Parma y Plasencia que el Pontífice pedia sin cesar, y que el Emperador negaba obstinadamente, y viendo aquel que su alianza con el rey de Francia no le habia producido ningun resultado favorable, decidióse á obrar por sí mismo, y revocó la cesion que de aquellos estados hiciera en favor de su hijo el asesinado Pedro Luis, devolviéndolos á la Santa Sede, é indemnizando despues á su nieto Octavio Farnesio, con otras propiedades de la misma cuantia pertenecientes á los estados de la Iglesia.

Ofendido á su vez Octavio por aquella desheredacion hecha por su abuelo, trató de recurrir á la fuerza para recobrar á Parma, y viendo que no podia conseguirlo, con la arrebatada ligereza de un joven ambicioso y resentido, como dice Lafuente, fijó sus ojos en el Emperador su suegro, y renunció en él lo que ya no poseia, para ver si de este modo lo alcanzaba.

Irritóse de tal manera el Pontífice, que si esto no fue causa de su muerte, como algunos escritores han dicho, es posible que contribuyese á ella, toda vez que muy pocos dias despues, en 10 de noviembre de 1549 y á los ochenta y dos años de edad, falleció Paulo III, tras un pontificado de mas de quince años.

El historiador Sandoval, hablando del fallecimiento del Pontífice, dice: «Murió sin tener un cojin (siendo riquísimo) sobre que le pusieran la cabeza sus lacayos cuando le llevaban muerto al palacio sacro: cosa digna de notar, no porque un cuerpo muerto haya menester almohadas, sino por lo que requería la dignidad. Guíalo Dios así para nuestro ejemplo y consuelo, porque era este Pontífice muy pulido y regalado... Tuvo al Emperador mas miedo que

(1) Lafuente, *Historia de España*, Part. III, Lib. I.

amor... en el alma tenia la flor de lis, codició demasiado lo de Parma y Plasencia y quiso comprar á Milan (1).»

La eleccion del nuevo papa, no tuvo lugar hasta el 7 de febrero del año siguiente, quedando proclamado Juan María del Monte, que tomó el nombre de Julio III.

El 14 de marzo, y prévia la consulta al Colegio de Cardenales, expidió la bula convocatoria para la continuacion del Concilio en Trento.

Precisamente el dia antes, habia el Emperador escrito desde Bruselas á los príncipes y ciudades alemanas, convocando la Dieta imperial para el 25 de junio en Augsburgo, trasladándose á dicho punto el Emperador acompañado de su hijo.

Trataba de hacer que se aceptase el *Interim* y que se reconociese el Concilio, pero habia de tropezar con dificultades que, ni esperaba, ni podia sospechar.

La primera fue que, sabedores muchos de los convocados á la Dieta el objeto de la convocatoria, no concurrieron, pero la verdadera dificultad, la importantísima que se opuso á los planes del Emperador, fue nacida de Mauricio, Elector de Sajonia merced á los servicios que antes prestara al Emperador contra los protestantes y el mas poderoso príncipe de Alemania.

Mauricio habia llegado al punto que se habia propuesto, y una vez en él, favorecido y amigo del Emperador, investido por este con el ducado de Sajonia y con un poder y una fuerza debida exclusivamente á Carlos, decidió dar un nuevo giro á su política, puesto que su ambicion aspiraba á mucho mas.

Conforme antes habia prestado su ayuda al Emperador contra la reforma siendo él luterano tambien, decidió ahora favorecer á los luteranos, pero apareciendo mas que nunca amigo y auxiliar de los imperiales, hasta el momento en que creyera conveniente arrojar la máscara.

Indudablemente debieron influir para esta conducta los justos y merecidos cargos que el Landgrave de Hesse, su suegro, le hacia por haberle vendido, por no haberle dado la libertad como lo prometiera, y por no haberse entregado prisionero de sus hijos como habian quedado, si no alcanzaba que le dejase libre el Emperador.

Además, toda la Alemania protestante censábale con dureza por la falsedad de su conducta anterior, y Mauricio, tratando, sin duda, de sincerarse ante ella y acreciendo en ambicion tal vez, al crecer en posicion, no debió parecerle mal aparecer como el libertador de la Alemania, midiendo sus fuerzas y atajando la marcha triunfal del Emperador.

Atrevido era el plan, y «para llevarle á cabo se propuso seguir una política tan astuta, mañosa y taimada como era menester, para no romper al pronto, ni con el Emperador ni con los protestantes;» así dice un escritor, y en verdad que, necesitábase gran dosis de disimulo y astucia para engañar por tan gran espacio á gentes tan diestras como las que rodeaban á Carlos.

Y no solamente las engañó, si no que aun cuando el mismo Emperador recibió avisos en que le anunciaban la traicion de Mauricio, no quiso darles crédito, pues no podia comprender que existiera una ingratitude semejante.

La política que siguió durante todo el tiempo que tardó en arrojar la máscara, solamente él fue capaz de sostenerla, como dice perfectamente un historiador de nuestros dias, pues consistia en una especie de balancin que apenas se concibe cómo pudo sostenerse por un espacio tan dilatado.

Para congraciarse con el Emperador, hizo que en Sajonia se aceptase el *Interim*, y para atenuar el mal efecto de esta disposicion entre los protestantes, publicó un documento ensalzando la religion reformada, y haciendo toda clase de protestas de defenderla de las usurpaciones de Roma.

Para desvirtuar el efecto que esto habia de producir necesariamente en Carlos, comprometióse á prestarle su ayuda para sujetar la ciudad de Magdeburgo, que estaba dispuesta á rechazar con la fuerza la admision del *Interim*, y como que los de la reforma le acusaban por esto de desleal y traidor, escribió al Emperador manifestándole que ni él ni sus estados reconocieran al Concilio, mientras el Papa no renunciase á enviar legado que le presidiera, no teniendo en él mas autoridad que la de cualquier otro prelado, exigiendo además, que se diese seguro á los teólogos protestantes, para ir á Trento y exponer libremente sus doctrinas.

Al mismo tiempo y en virtud de lo que ofreciera á Carlos, seguia levantando tropas para acudir al sitio de Magdeburgo, sin que nadie pudiera sospechar lo que significaba aquella tan problemática conducta.

La verdad es, que muchos debieron sospechar de él, que lo mismo los católicos que los protestantes debian estar sorprendidos con aquellas tan extrañas como incomprensibles evoluciones, pero como que Mauricio habia adquirido ya un poder extraordinario, como que era un adversario formidable, como que lo mismo unos que otros le necesitaban, ambos transigian con él al objeto de ver si así podian contar con él, y utilizar en provecho propio su poderosa ayuda.

(1) Lafuente, *Historia de España*, Lib. XXX, Part. IX.



J. SERRA LIT.

LIT. VIDAL, QLMO, 29.

DEFENSA DE MAGDEBURGO.

CAPITULO LXX.

Falsa conducta seguida por Mauricio de Sajonia.—Confianza del Emperador.—Segunda apertura del Concilio.—La guerra de Parma.

Como quiera que todo el período histórico que estamos recorriendo hállese sintetizado, por decirlo así, en la figura de Mauricio de Sajonia, cuya astucia y cuya ambición tan importante papel jugaran en aquellos sucesos, proseguremos la reseña de todos sus hábiles manejos, puesto que con ellos están íntimamente ligados los sucesos.

Hemos dicho ya, que hubo algunas miradas perspicaces que llegaron á descubrir el juego de Mauricio, y aun á noticias del Emperador llegó también la doblez de su protegido, mas este se había crecido tanto, de tal manera supo hacerse necesario, que ninguno se atrevía á malquistarse con él por temor á la influencia que podría ejercer en el lado á que se inclinase.

Esto lo conocía Mauricio perfectamente, y se aprovechaba de ello para llegar al objeto que se propusiera.

Habiase ofrecido á sujetar la rebelde ciudad de Magdeburgo, y la Dieta, cediendo á la voluntad del Emperador, accedió á facilitarle los auxilios que había pedido sin comprender que ponía en manos de un hábil ambicioso elementos que mas tarde habían de volverse en su contra.

Ciega aquella Asamblea, así como lo estaba el Emperador, felicitaronse de que Mauricio se hubiese ofrecido para aquella empresa, seguras de que el éxito había de coronar sus esfuerzos.

Hubo por este tiempo un incidente que estuvo á punto de descubrir el juego de Mauricio; mas una resolución tan inesperada como importante, por parte del Emperador, vino á dar extraña solución al asunto.

El Landgrave de Hesse, á quien Carlos, contra lo que podía esperarse, llevaba prisionero, viendo la prolongación de su cautiverio ordenó á sus hijos que de la manera mas solemne intimasen al duque Mauricio y al Margrave de Brandeburgo cumplieren lo que habían prometido para en el caso de no alcanzar su libertad, que no era otra cosa que entregarse presos en poder de aquellos.

A consecuencia de esto, los dos príncipes instaron al Emperador, significándole el compromiso en que se hallaban, y Carlos entonces, con general escándalo, publicó una pragmática, por medio de la cual relevaba á Mauricio y al Margrave de la obligación que contrajeron, salvando de esta manera tan inesperada como improcedente aquel compromiso.

Entonces el Landgrave trató de recobrar su libertad por otros medios, mas descubiertos sus proyectos de evasión, pagaron el intento con su vida los que trataron de sacarle de su cautiverio, que fueron, un soldado español, primeramente y dos caballeros alemanes, despues.

El día 1.º de mayo de 1531, despues de una porción de dilaciones que ocurrieron en la bula de convocatoria, verificóse la segunda apertura del Concilio de Trento, esperando por este medio dar uniformidad á la religión en Alemania y restablecer el culto católico en todo el imperio.

La guerra que de nuevo estalló en el ducado de Parma, disputado por el Papa, Octavio Farnesio, el Emperador y el rey Enrique II de Francia, impidió que muchos prelados estuvieran presentes en la apertura del Concilio, y aun cuando aquella no tuvo resultados positivos para ninguno de los contendientes, entorpeció la ida de los prelados y fue causa de que el rey de Francia, para desprestigiar al Emperador, enviase á Trento un embajador para que protestase, respecto á la validez de aquella Asamblea.

«De este modo, como dice un historiador moderno, Enrique II por debilitar el poder de Carlos V se hacia fautor de los herejes, siguiendo en esto el funesto ejemplo de su padre.»

El rey de Francia manifestó, por medio de su embajador, que no era posible que considerase aquel Concilio como ecuménico, sino únicamente como una reunión ó asamblea particular, introduciendo al mismo tiempo en su carta, con toda malicia, la palabra *conventus* en vez de la de *concilium* (1).

En vista de esto, Carlos formó mayor empeño en que el Concilio se robusteciera, para cuyo efecto procuró que concurriesen muchos mas prelados; envió sus embajadores y los de su hermano, los de los electores eclesiásticos del mismo imperio y aun dió salvo conductos á los teólogos de los protestantes, prosiguiendo el Concilio sus tareas con mayor decisión.

El Emperador, doblemente animado por esto, persiguió rigurosamente á los protestantes y abolió en toda la provincia de Suavia aquel culto, estableciéndose en Inspruck al objeto de hallarse próximo á Trento y á Italia, y poder atender á lo de Parma y á lo del Concilio.

Entre tanto el cerco de Magdeburgo se iba prolongando sin que el duque Mauricio, á pesar de los elementos con que contaba, consiguiera reducir al conde Alberto de Mansfeldt, que defendía la plaza.

Los protestantes, llenos de fe en la causa que defendían, es cierto que resistían con un arrojo y decisión extraordinarios, pero también lo es que el elector de Sajonia no apretaba como debía á sus contrarios.

(1) Las dos sesiones que en Bolonia tuvieron lugar consideráronse como preparatorias de las que se continuaron en este segundo período en Trento. La 11.ª tuvo lugar el día 1.º de marzo de 1531, la 12.ª el día 1.º de setiembre y la 13.ª el 11 de octubre.

En una de las salidas que estos hicieron, pues no se ceñían exclusivamente á la defensiva, sino que también tomaban la ofensiva, hicieron prisionero al duque Jorge de Mecklemburgo que, aun cuando luterano, estaba peleando en favor de los católicos, ofreciendo su conducta exacto parecido con la de Mauricio, pues si este siendo protestante también había servido á Carlos para alcanzar el señorío y electorado de Sajonia, él lo hacia para obtener el señorío y territorio de Magdeburgo.

«Tal era la conciencia religiosa de aquellos celosos protestantes, — dice Lafuente, — que no escrupulizaban en hacer armas contra sus propios correligionarios con tal que á la sombra de las banderas católicas se prometiesen medros y engrandecimiento (1).

Pero la razón era muy óbvia; Mauricio, siguiendo el plan que se propusiera y jugando el doble papel que hasta entonces tan fecundos resultados le estaba dando, durante el cerco, que se prolongó por mas de un año, celebró distintas conferencias con el conde de Mansfeldt, en las cuales descubrió su idea de amenazar el poder del Emperador devolviendo toda su fuerza y vigor al cuerpo germánico, y prometiéndole que los habitantes de aquella ciudad ni serían perturbados en sus libertades ni en el ejercicio de su religión.

De aquí que al capitular la plaza en 3 de noviembre de 1531, las condiciones fueron sumamente benignas, invistiendo tanto los habitantes como el Senado con la dignidad de margrave ó sea el primer cargo de la población, á Mauricio.

Las condiciones fueron que no volvería á hacer armas contra la casa de Austria, que reconociera la autoridad de la cámara imperial, obedeciendo los decretos de la Dieta de Augsburgo, referentes á religión, dejar libre al duque de Mecklemburgo, una multa de cincuenta mil coronas, y otras de menor importancia.

El Emperador ratificó toda la capitulación sin poder sospechar la traición que en ella se envolvía, y mientras tanto Mauricio, para quien era una dificultad el continuar con aquel ejército sin excitar recelos, encontró un medio hábil para conciliarlo todo y fue el de licenciar á las tropas sajonas abonándoles parte de sus sueldos, pero al mismo tiempo el duque de Mecklemburgo, con quien se había puesto antes de acuerdo, las reenganchaba, pudiendo de este modo tener siempre dispuesto un ejército para cuando pudiera convenirle, que no había de tardar mucho.

Prosiguiendo su artificiosa conducta, mientras procuraba alianzas que pudieran robustecerle, provocaba distintas cuestiones que entretenían al Emperador apartando de él su atención y le halagaba con fingidas protestas de afecto, llegando al extremo de que alquilaba casa y la amueblaba en Inspruck para irse á pasar una larga temporada al lado de Carlos, y al mismo tiempo se aliaba secretamente con el rey de Francia, que había heredado de su padre la enemiga que al Emperador profesara, como lo había demostrado en la cuestión de Parma y en el Piemonte.

En el tratado celebrado entre Enrique y Mauricio, motivóse la alianza en la cuestión de la libertad del Landgrave y restituir el imperio á su antiguo estado, no fundándose ni nombrándose para nada la cuestión religiosa.

Quedó estipulado que simultáneamente los dos aliados atacarían al Emperador, por la Lorena el francés, y Mauricio por Alemania. El rey de Francia había de dar una gran cantidad para los gastos de la guerra, llegando á tal punto la confianza y las presunciones de los aliados, que hasta pensaron en que si llegaba el caso de elegir nuevo emperador, había de ser del agrado del rey de Francia.

Hecho esto, solo pensó ya Mauricio en buscar el pretexto para su ruptura con el hombre que de tantos beneficios le colmara, y como la mas simpática para Alemania era la de abogar por su libertad, y como quiera que el injustificado cautiverio del Landgrave era de por sí un justo motivo, no le fue difícil al astuto y artificioso Mauricio obligar á los príncipes del imperio, y al rey de Dinamarca para que pidiesen á Carlos la libertad de aquel.

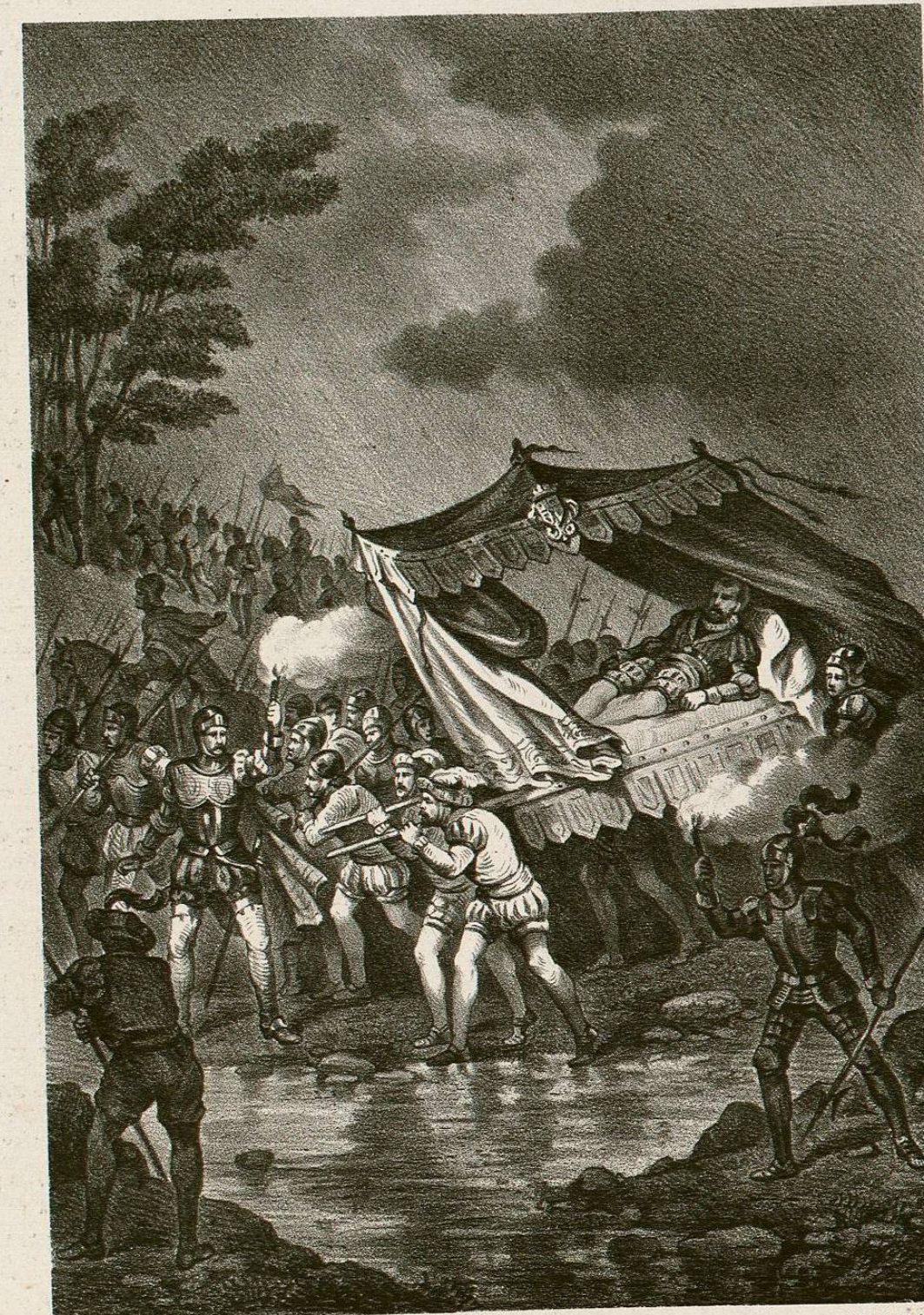
La respuesta de este facilitó completamente los planes del de Sajonia, puesto que Carlos, negándose á aquello, dió motivo para que se recurriese á la fuerza, á fin de arrancar al Landgrave del poder de su opresor.

Puesto Mauricio al frente del ejército que tenía preparado en la Thuringia, arrojó por completo la máscara y publicó un manifiesto en el cual decía que tomaba las armas para libertar al príncipe de Hesse y defender la libertad de conciencia y las libertades políticas del pueblo alemán.

Alberto de Brandeburgo también dió el suyo, y Enrique II de Francia, apellidándose *protector de las libertades* de Alemania y de sus cautivos príncipes, dió otro á su vez, en el cual lanzaba severos cargos al Emperador.

Completamente desapercibido se hallaba este al tener lugar semejante acontecimiento, y como que sus fuerzas estaban esparcidas por Hungría é Italia, antes que pudiera tomar determinación alguna, Mauricio había conseguido apoderarse de varias poblaciones importantes, restableciendo el culto y los magistrados protestantes, posesionándose de Augsburgo en 1.º de abril de 1532.

(1) Lafuente, *Historia general de España*, Part. III, lib. I.



EL EMPERADOR HUYE DE INSPRUCK.